

“El Barrio Las Ranas”

(Diario *La Prensa*, 7 de febrero de 1901)

Reeditado por la Revista de la Liga Argentina Contra la Tuberculosis, 1908.*

Excitada mi curiosidad por el relato de mi esposo, me dirigí con él a los arrabales de la ciudad, para conocer el “barrio de las ranas” y la quema de las basuras, páginas vergonzosas de la historia edilicia de esta gran metrópoli.

Sabía de antemano que habría de encontrar allí enseñanzas que me permitirían asentar convicciones y robustecer tendencias de mi espíritu. Marché satisfecha, contenta, no obstante presumir las escenas que me esperaban. Fue culpa tan solo de ese pícaro sol, alegre y refulgente, de ese cielo azul, insolente en su esplendor, cortina suntuosa desplegada arriba del hambre, de la miseria, del dolor humano! Es característica de esta tierra la diafanidad y hermosura de su cielo, donde casi todo el año el sol ilumina de vívida luz cuadros hermosos y tristes.

Diviso a lo lejos el “barrio de las ranas”, que no me produce tan mala impresión. Sus casitas de madera, pintadas de negro, están simétricamente alineadas, y pequeños oasis de verdura, en medio de la soledad de aquellos parajes, atenúan sus tintes lúgubres. Por supuesto, en estos bajos, ni una sola rana; el sol canicular ha desecado y saneado el suelo.

Á la izquierda se levantan soberbios los magníficos pabellones de la Casa de aislamiento, a la derecha una usina de gas y más allá, como saliendo de la tierra, unas densas nébulas que siempre se renuevan: castigo perpetuo impuesto por municipalidades imprevisoras, cuando no derrochadoras, a una masa enorme de habitantes de una ciudad envanecida por sus innumerables progresos. a la inversa del perro de las sagradas escrituras, buenos Aires aspira por fuerza el humo meffítico de sus desperdicios.

De un lado electricidad bajo sus diversas formas, pavimentación lisa, provisión de agua y cloacas, y del otro, pantanos, humo infecto

* Como la intendencia municipal ha ordenado la desaparición de este barrio de infección física y moral, es de actualidad la publicación de este artículo (*Nota de la dirección*)

y acre de la Quema, olores pestíferos de las graserías, curtiembres, porquerizas y mataderos.

Antes que los corrales estuvieran en Liniers, las casitas del “barrio de las ranas” estaban todas alquiladas. Se componen de dos piezas y una cocina. Más codiciada es esta última, pues gana cuatro pesos de alquiler. Mide cuatro metros cuadrados, 1m 80 de altura; el techo es simplemente de fierro galvanizado. Las infelices que allí habitan... ó más bien dicho duermen, pasan el resto del día al aire libre, a la sombra de toldos de bolsas ó de la propia habitación. En aquella piecita no pueden moverse: tienen el techo a algunos centímetros de la cabeza. Seguramente ese dormitorio podría servir para incubar huevos de avestruces africanos. Afuera arrojan basuras y aguas servidas. En su desgracia, disfrutan por dicha del agua de un pozo semisurgente.

En una cocina de tamaño tan diminuto duerme una madre con sus cuatro hijos. La cama, por afuera, sirve de mesa, de ropero, de despensa. Hay de todo en ella, menos sábanas: pañuelos de lana rotos y mugrientos, medias viejas y sucias, camisas al parecer roídas por ratas, enaguas con orlas de barro, velas de sebo a medio consumir... Debajo de ella se encuentra el guarda comida junto con botines embarrados y sin taco, tazas sin asas, restos de café ó betún de unos pocillos, sartenes sin mangos, tomates, vasijas de noche, tenazas, alambres viejos, pan...

Entro en la habitación: su moradora me da explicaciones.

-Soy viuda, señora, con cuatro hijos... allí están.

Los niños, medio desnudos, tienen los pies sumergidos en un charco de agua sucia. Alrededor hay gallinas, perros, gatos, palomas. Se acercan curiosos los chicos. Con dos mangas de saco se ha improvisado pantalones a uno de ellos. Hay una niña preciosa de ojos celestes, el pelo desgredado, la cara manchada de inmundicia. Más allá, una muchedumbre de criaturas corre y juegan, se revuelcan en el suelo. Uno de ellos lleva *jaquet!*...

-¿Y este hombre que se esconde detrás de la puerta, quién es?- dije a la viuda.

-Le he recogido al pobre, le tengo lástima!

“¡Le tiene lástima!” pienso. ¿Acaso esta mujer en su desamparo ha podido encontrar un ser desgraciado que ella?

El hombre sale de su escondite... y se ríe, con esa risa especial que revela al momento su condición: ¡es idiota!

Distribuyo unas monedas a los chicos, quienes luego escapan entre los zapallos, el maíz y los girasoles, cuya semilla echada por la indife-

rencia inconsciente y ociosa, a la par de la semilla humana, brota como lozana y vigorosa, -dando un soberbio mentís a la higiene,- en medio de la podredumbre y de los residuos de la vida animal. ¿Qué cuadros no se presenciarán en estos parajes cuando el agua rodee estas casuchas? ¿No será más espantosa esta pobreza, esta suciedad, esta miseria en medio del triste invierno, de la lluvia, del frío? ¿Cómo los girasoles no inclinarán sus cabezas y los tiernos niños que hoy gozan de salud, amontonados en el estrecho cuartujo, no se marchitarán dejando claros? Más vale no saber, ya que tenemos el dolor de no poderlo remediar.

Una morena, buena moza, con un broche centelleante entre el abultado pelo, cose debajo de un toldo de arpillera.

-Acuérdese de los que le pedí el otro día, señor, dice a mi esposo: no se puede permanecer en la pieza. Duermo allí de día... detrás de la casa... pues de noche no pego los ojos! Es intolerable, señor!...

Se deberían incendiar estas casuchas. Valdrán a lo sumo 300 pesos cada una y reditúan 240 anuales.

Pregunto al ser más egoísta, más indiferente, aun al que critica al trabajador, le condena y acusa de turbar con sus ambiciones el orden social: ¿qué merece el capitalista que abusa hasta este punto de la miseria, de la salud y del dinero del pobre, ganado con tanta pena?

Nos acercamos a la Quema. Detrás de unas paredes en ruinas, en medio de las inmundicias, está sentada una familia numerosa: acaba probablemente de recoger huesos.

Para guarecerse del sol, las mujeres usan chambergos, las muchachas visten harapos que fueron celestes ó rosados; entre ellas circulan bandadas de perros, que, como los seres humanos, buscan la vida. Más lejos, la primera casa que se presenta a la vista brilla bajo el sol: parece de plata. Está artísticamente cubierta con latas de kerosene, las más nuevas que se han hallado. Allí viven los poderosos de la comarca; unos concesionarios de latas, bolsas, botellas, etc. Una mujer robusta, fresca, de caderas anchas, senos abultados, dientes cuya blancura contrasta con todo lo que la rodea, lava ropa en medio de cerdos mediatibundos que gruñen a mi paso.

¡Ah! Gentes que nunca estáis satisfechas de vuestra suerte, visitad estos sitios en busca de lecciones de filosofía. Junto a los charcos de agua sucia, mezclados con excrementos de multitud de cerdos, viven criaturas parecidas a éstos en desaseo y familias enteras cuyo aspecto rebosa satisfacción, pues aquí no hay pobreza... el negocio requiere esta ubicación. Penetramos en una pieza interior tapizada con papel especial para dormitorio, pero de veinte dibujos diferentes; su dueña

lo enseña con evidente vanidad. El papel cubre la lata, que a su vez esconde la madera. Por fuera, el revestimiento también es la lata. Allí no reza el dicho: *en casa de herrero cuchillo de palo*. La casa está blindada, es incombustible, impermeable, puede resistir a los roedores, a las balas, es modelo de ventilación, pues existen dos ventanas para renovar el aire: una da sobre el chiquero, otra sobre la caballeriza. Así pueden disfrutar del perfume que más les agrada ó mezclarlos. Un ropero con espejo, dos camas y un aparador componen el mueblaje. Dentro de una cuna de madera bajita, cerca de la ventana, separada del chiquero por la pared, duerme una criatura cuya cara está cubierta de moscas. El aparador ostenta un ejército de *bibelots* llenos de polvo, de cuyo origen no se puede dudar: vienen de la basura, como el papel decorativo, como las latas, como las sillas, etc.... Hay gallitos de plomo, santitos de porcelana, muñecas de goma, copitas para licor, pitos, trompos... Arriba de las camas deshechas vénse sábanas cuya figura jamás en la vida olvidaré. Seguramente la camisa que Isabel de Castilla usó durante nueve meses, debía parecer de nieve al lado de aquellas, y ya que es asunto de pintar más que de literato, me callo.

Salgo de esa pieza levantando la falda de mi vestido a la Parísense. En ese barrio comercial se ven otras casas de negocio, donde sus dueños y moradores duermen mezclados con animales domésticos, caballos, perros, gallinas, separados sólo por tabiques de un metro de alto, *para que circule aire!*

Enjambres de criaturas salen de las casas blindadas con aspecto fantástico, de prehistórica indumentaria, cabellos en desorden... Juraría que tienen uñas de chimpancé en pies y manos y que treparían a los árboles, -si los hubiere-, con la misma agilidad de aquellos.

-Vamos a visitar al tuberculoso, me insinúa mi esposo.

En medio del humo matador vive allí un pobre español con su mujer y cinco hijos. Trabajaba antes como guardabarrera, pero un accidente de ferrocarril lo ha inutilizado. Desde entonces se ha visto obligado a abandonar el trabajo; ahora es tísico. Su aspecto abona en su favor: es simpático, bien parecido, tiene facciones finas, pómulos encendidos, ojos brillantes. Su ropa es limpia, esmerada: su cuarto modelo de aseo. ¡Cómo no sufrirá ese infeliz de vivir en medio de la basura!

Pero, lo que me llama la atención es la mujer. Delgada, nerviosa, con la angustia que su fisonomía revela, es el tipo de la mujer del pueblo que sufre sin cesar, más que los enfermos de su familia, más que sus hijos, más que el esposo, pues sufre por todos. Es ella quien cocina, lava, plancha, remienda, se levanta de noche para cuidar al enfermo, corre en busca de re-

medios sin dinero para el tranvía, se preocupa de la subsistencia. Es el dios de su pobrísima casa y, si no hace más, es que no se lo permiten sus fuerzas.

-¿Fue a ver al médico que le indiqué? Pregunta mi esposo.

-sí, señor... me dio remedios... pero ahora necesito certificado de pobreza.

¡Ay! ¡Dios mío! ¡Vivís en medio de la basura y necesitáis certificado de pobreza!

-...Fui a la comisaría, señor, varias veces... no encontré al señor comisario... no puedo más... no me sostiene las piernas.

De repente sus ojos se congestionan, se nublan, pero se domina.

-...volveré, señor... añade con resignación, acostumbrada a los tropiezos... iré otra vez... ¿Sabe que el pobre de mi marido ha sufrido mucho esta noche?... ¡Se ahogaba!...

Y esta vez, unas tras otras corren presurosas las lágrimas sobre sus mejillas y no las detiene. Está desconsolada...

Los chiquillos la rodean, prendidos a la falda de su vestido, sus ojos curiosos se clavan en la mirada de la madre, extrañando que se lllore con tanta amargura por cosas que ellos no entienden...

Cuanto más miro a esta mujer, tanto más parece el símbolo de las virtudes humanas, que tienen realmente valor...

-Quisiera volver a España, me dice el pobre obrero... para que los chicos un día no queden solos. Allí tengo familia.

No sé qué contestarle. Oigo las últimas palabras de mi esposo a la mujer "...que no escupa en el suelo, que cumpla las instrucciones que les dejó, para no contagiarse ella ni los chicos".

Este hombre, en el campo quizás sanaría. Sus inocentes hijos y su admirable mujer evitarían más fácilmente el contagio.

¿No habrá algún compatriota rico que quiera salvar esas siete existencias; alguna esposa cariñosa que se compadezca y comprenda al martirio de esta mujer, de esta madre ocupada en hacer vivir los suyos y salvar al padre de sus hijos?

Si quieren ayudarlos, están precisamente al lado de la vía del tren, al entrar en la Quema.